

- LOR. Aunque esté usted. . . . ¡que sí, está! . . .  
¿Monta eso algo para nadie?
- ANG. ¡Era verdad!
- LOR. Yo me lo sufro. á ninguno falto. ¡Sí, se-  
ñora! ¡Ya lo he soltado! ¿Fué cosa rara,  
ni delito, ni irreverencia, echar de ver  
que era usted buena y que era usted  
hermosa? . . . Eso allá, lejos, cuando aun  
no había cuajado aquí dentro el juicio.  
Usted entró antes que él, y lo que estu-  
vo, ya estuvo. . . . ¡que si llevo á tiem-  
po! . . . Harto conocí después que esa  
había s.do una gran majadería.
- ANG. ¿Y es verdadero amor lo que me tienes?
- LOR. Dicen, que es eso. Pero cuando se pien-  
sa en una mujer, y no se la alcanza, y  
se la pierde. . . . yo no se si esta agra-  
zón que aquí se trae es voluntad ó es  
encono. En fin, gran castigo es, llámen-  
le como quieran. Pero si es castigo, y  
no tiene indulto. . . . ¿qué remedio? Su-  
frir el azote y tragar el veneno.
- ANG. ¿Nada ambicionas?
- LOR. Es claro.
- ANG. (*Pensativa*). Pero sufres . . . Estás ce-  
loso. Y cuando se tienen celos. . . . Si  
yo los tuviera. . . . Si otra mujer fuese  
la amada de mi Santiago, ¿qué habría  
de hacer ella si quisiera reducirme, so-  
bornarme. . . . tenerme sometida á su  
antojo? (*Herida de la idea*). ¡Ah! . . .  
¡bien lo se yo! . . . (*Vacilando*). ¡Pero  
es que así, Dios mío! . . . (*Con entereza*).  
Pues solo así. ¿Me falta el tesón? No  
puede faltarme. ¿Renuncio á mi empre-  
sa? No, no renuncio. (*Yendo á Loren-  
so*). Obtener de tí esa revelación que

- me niegas, es mi deber primero, el an-  
sia mía más poderosa. Mi riqueza no  
te seduce; voy á ofrecerte mi felicidad.  
Escucha. Aunque me ames, pobre Lo-  
renzo. . . tú lo reconoces. . . yo no te he  
amado. Yo tuya. . . . eso no puede ser.
- LOR. Bien se me alcanza.
- ANG. ¿Te atormenta que vaya á ser de otro?
- LOR. Ya ve usted. . . .
- ANG. Oyeme, pues. ¿Y si yo te prometiese  
que no habias de verme poseida por na-  
die?
- LOR. (*Vivamente*). ¿Ni por el del Castillón?
- ANG. (*Con esfuerzo doloroso*). Ni por él. (*Pau-  
sa breve. Lorenzo dirige su mirada á la  
puerta, luego á la ventana, como bus-  
cando á Santiago*).
- LOR. (*A Angelita*). Eso. . . . eso no lo prome-  
terá usted.
- ANG. Y lo cumpliré, si te lo prometo.
- LOR. ¿A truco de que yo hable?
- ANG. Sí.
- LOR. ¿Y cómo podría ser? . . . ¿Si están usted  
y él tan rendidos, y tan adelante los  
tratos, y el señor cura ya empieza el  
domingo á echar las publicatas! . . . To-  
do ese apañó, volverse atrás, solamente  
por mí! . . . .
- ANG. ¡Si no es por tí, desdichado! Es por mi  
madre.
- LOR. Sobre que eso. . . . después que yo hu-  
biera hablado, al día siguiente se des-  
hace.
- ANG. ¿Desconfias? . . . Tienes razón. He de  
darte seguridad. . . .
- LOR. Se hace imposible, porque. . . . como ha-  
bía de ser duradera. . . .

- ANG. Seguridades . . . las habrá . . . ¿cuál te satisface? Yo te la doy, dí la que quieras.
- LOR. ¡Ea, que habrá que dejarlo!
- ANG. No. Hay clausuras, hay votos . . . Entraré en un claustro. ¿Es para tí seguridad? Me encerraré en un convento. ¿Estarás pagado?
- LOR. Señorita . . . que eso ciega . . . que ese ya es mucho poder . . . y para un pobre diablo como yo, según me llamaba ahora mismo el del Castellón . . . Eso ya no es soñar, ni es dar que reir.
- ANG. Pues yo te lo otorgo. ¿Estarás pagado?
- LOR. (*Lentamente*). ¡Sí, señora! Side esa maña . . . ¡Aunque se pierda mi conciencia! . . . ¡De esa maña, sí! Yo se lo digo á usted todo.
- ANG. ¿Y me probarás que es cierto?
- LOR. Como que iremos á donde por sí misma adquiriera la prueba.
- ANG. ¿A dónde?
- LOR. Usted ha de verlo.
- ANG. Vamos, pues. Guíame; ahora mismo.
- LOR. (*Sin moverse*). Pero, ¿me ha prometido usted ya? . . .
- ANG. (*Con dolor, vacilando*). ¿Quieres mi promesa?
- LOR. En teniéndola, de usted me fio.
- ANG. Pues bien . . . . (*Se detiene pesarosa*). ¡Ay, mi Santiago! . . . Espera; quiero ver antes á mi prometido. Necesito verle. Bien comprendes que es justo.
- LOR. ¿Le llamo?
- ANG. (*Mirando por la ventana*). No; viene aquí. Déjame con él. Sal por esa puerta. (*Señalándole la izquierda*).

- LOR. ¿Pactado está?
- ANG. Aun no está pactado. Aguarda. Después que hable á Santiago. Vete; yo te llamaré.
- LOR. Estoy alerta. (*Vase por la izquierda*).

ESCENA XIII.

ANGELITA Y SANTIAGO.

- ANG. (*Cogiendo ambas manos de Santiago*). Ven, Santiago, y oye lo que va á decirte esta criatura que te adora.
- SANT. ¿Tienes algún disgusto, Angelita? ¿Qué sucede?
- ANG. Lo que sucede aquí ya debes tú saberlo. Yo no he conocido hasta ayer lo que tan cerca de mí ocurría; y desde que lo se, lloran mis ojos y tengo la razón perdida.
- SANT. ¡Hicieron al fin su obra las buenas gentes!
- ANG. ¡Tú no lo creas, Santiago! ¡Tú no! . . . Yo no lo creo.
- SANT. Ayúdame pues.
- ANG. Con todo mi aliento.
- ANG. Hemos de traer la luz del sol á que disipe esta noche negra.
- SANT. Es nuestro deber.
- ANG. ¡Y hay que cumplirlo! Porque . . . (*Con tristeza*). Santiago . . . amado mio . . . lo que hemos de alcanzar es la prueba positiva de que mi madre no delinquiró.
- SANT. ¿Dónde está esa prueba? Yo voy en su busca al centro de la tierra.
- ANG. Está aquí; la posee Lorenzo.
- SANT. ¡Lorenzo! Pues que declare.

- ANG. Espera. Lorenzo ha crecido en el Ribazo. ¿Qué habrá visto? No lo sé; pero él conoce la historia del engaño ó de la traición. A ese mozo he oído lo que á nadie más de cuantos me rodean. La afirmación rotunda de que es fábula todo lo que se dice.
- SANT. Pues, ¿cómo lo calla ese insensato?
- ANG. ¡Ay, Santiago! El hablará. Mas ¿sabes á qué precio he de poseer su secreto? Es verdad que Lorenzo me ama. Exige que no sea tuya.
- SANT. Nuestra perdición es lo que exige.
- ANG. Y hay que otorgársela.
- SANT. ¿Que se la otorguemos! . . . ¿Tiene ya tu promesa?
- ANG. Nada he prometido antes de conocer tu voluntad.
- SANT. Pues bien; no, no prometas. Ese pacto es imposible. ¡No, Angelita mía, no prometas! Además, ese canalla puede engañarte.
- ANG. Si me engañase ¿qué ventaja conseguía Mi ofrecimiento fuera nulo.
- SANT. Aunque diga verdad. . . . Atiéndeme. Nuestra abnegación sería estéril. Lo que anhelas es emplear la revelación para desmentir á las gentes. Pues bien; óyeme. Ese objeto no lo conseguirás; no se consigue en el mundo. La difamación atiende al relato del mal porque con él se regocija; ante la prueba del bien, es incrédula, es rebelde.
- ANG. ¡Tan malo es el mundo, Dios mío!
- SANT. ¿Para qué, pues, sentenciarnos? Nosotros aquí en la intimidad de nuestro hogar, desagraviaremos la memoria de tu

- madre. Crearemos un culto para ella, y su recuerdo será mantenido como en un templo, sobre el altar. La opinión mundana nos es indiferente.
- ANG. Pero ¿y mi padre? El no. Allá los extraños; más yo quiero que mi padre vaya á rezar á la sepultura que hoy no visita.
- SANT. Eso es justo, eso es necesario, tienes razón.
- ANG. Mira, por consiguiente, cómo es necesario y justo el sacrificio.
- SANT. No me resigno á él. Lorenzo debe hablar por ley de su conciencia.
- ANG. No lo creas; nada dirá.
- SANT. Le obligaré por la fuerza.
- ANG. Respétale. Es mi única esperanza.
- SANT. ¡Tu esperanza y tu valedor soy yo! ¿Dónde aguarda ese bellaco? . . . Llámale. ¡Lorenzo! (*Lorenzo aparece instantáneamente en la puerta de la izquierda*).

#### ESCENA XIV

DICHOS Y LORENZO:

- SANT. Si no eres loco ó no estás ébrio, date cuenta de la demasia á que te arrojas. Tu pretensión es insolente. ¿Sabes lo que pediste?
- LOR. (*Sin mirar á Santiago, dirigiéndose á Angelita*). Nada he pedido.
- ANG. Mía fué la oferta.
- LOR. De usted fué.
- SANT. Mas tu la aceptas. Ahí está el desmán.
- ANG. Ten calma, por Dios, Santiago.
- SANT. ¿Quieres cobrar merced por el bien que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. AUTÓNOMA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTREY, MEXICO

- dispenses? Te la pagaremos, mas no exijas imposibles. Si te vendes, ponte un precio que pueda pagarse.
- LOR. *(Siempre dirigiéndose á Angelita).* Usted ha sido la que lo ha puesto.
- SANT. *(Cogiéndole de un brazo).* ¡A mí! Vuélvete. ¡Háblame á mí! ¡Muéstrame el rostro!
- ANG. ¡Santiago!
- SANT. No te defiendas. *(Lorenzo se deshace de Santiago, mirándole sin decir palabra).* ¡Si he de arrancarle el secreto y el alma!
- LOR. El alma, pudiera ser; el secreto ... ¡ese no! ... está más adentro.
- ANG. No te someterás. Es indomable.
- SANT. He de ver si lo es. *(En ademán de acometer á Lorenzo; éste espera impasible).*
- ANG. *(Deteniendo á Santiago).* ¿Vas á trabarte con él?
- SANT. ¡No le ampares, por favor!
- ANG. Es mi única esperanza.
- SANT. ¡Yo soy, he dicho, tu esperanza! ¿Qué remedio te vendrá de su mano, que no pueda dártelo la mía? *(A Lorenzo).* ¡Vete! *(A Angelita).* Despídele. Yo soy capaz de todo; yo me basto. Tu padre convencido; ¿esto te satisface?
- ANG. Esa es mi ambición.
- SANT. Yo la colmaré. *(A Lorenzo).* Máchate; para nada ha menester la señorita de tu generosidad. *(A Angelita).* Yo haré la luz en las tinieblas.
- ANG. ¡Cómo ha de poder!
- SANT. Mejor que este rústico. ¿Qué hay aquí? una falsedad que ha tomado medros; la bola de nieve que rodó sin un obstácu-

- lo que la desmenuzase. Fía en mí. ¡Si eso será fácil! Yo lo haré todo; persuadiré á don Clemente. *(Por Lorenzo).* Este, que se vaya.... Despídele.... ¡Vete! Díselo.
- ANG. *(A Lorenzo).* Sí; retírate. *(Lorenzo va á salir).*
- SANT. Y.... escucha. *(Lorenzo se detiene).* Todavía no soy aquí el amo; lo seré en breve. Así que eso ocurra, ¿sabes cuál será mi primera providencia?
- LOR. Puedo irme ya desde ahora.
- SANT. En eso harás bien. Máchate hoy, porque te echaría mañana. *(Lorenzo va á salir).*
- ANG. *(Parándole).* Entra á despedirte.
- SANT. ¡No! No vuelvas por acá.
- LOR. Lo que ella manda. *(Vase por el fondo izquierda).*

### ESCENA XV.

ANGELITA Y SANTIAGO.

- ANG. Los dos solos nada podremos.
- SANT. Tu misión es augusta, y porque la realizaras me sentiría capaz.... te lo afirmo.... de estrujar mi corazón y ponerte en las manos de otro hombre. Pero no es preciso.... Yo quiero ser el autor de tu contento; yo he de ser quien te corone.
- ANG. ¿Qué es lo que meditas?
- SANT. Ante todo, hablar á tu padre; persuadirle de que se hace á sí mismo, y nos hace á todos, víctimas de una tenacidad injustificada.

ANG. ¿Y no he de oirlo?  
 SANT. Tú impedirías la claridad y la crudeza.  
 ANG. (¡Oh! Yo lo he de oír). Adios, pues.  
 SANT. Hasta muy pronto. (*Vase Angelita por el fondo derecha*). ¿Qué es lo que hay aquí?... Una suposición, un amaño. Para desvanecerlo confío en el buen discurso de don Clemente.  
 ANG. (*Desde fuera, juanto á la ventana*). ¡Santiago!  
 SANT. (*Abriendo la ventana*). ¡Ahí estabas!...  
 ANG. Viene mi padre. Habla con él.  
 SANT. Aléjate.  
 ANG. Déjame á mí. Ahí le tienes. (*Quítase de la ventana*).

ESCEÑA XVI

SANTIAGO, CLEMENTE Y MAURICIO, por el fondo derecha.  
 A su tiempo ANGELITA.

CLEM. (*Dejando la escopeta*). ¿Se hablan ustedes por la ventana con Angelita?  
 MAUR. Eso es pelar la pava á la inversa: el novio dentro y la novia en la calle.  
 SANT. Deje usted á un lado sus chanzas, pobre don Mauricio.  
 MAUR. (*Atemorizado*), ¿Por qué?...  
 SANT. Don Clemente, es necesario que hablemos.  
 CLEM. ¿No acabamos de hablar en el soto?  
 SANT. Sí; de la dote, de dominios y cosechas. Trátase ahora de materia más honda.  
 MAUR. ¡Válgame el Señor!  
 CLEM. He demorado mi marcha bajo condición de que no se me enojaría.

MAUR. (*Suplicante, atribulado*). ¡Déjelo usted, Santiago! ¡Por caridad!  
 SANT. (*A Clemente*). Tiene usted que oírme.  
 MAUR. (*Separándose*). ¡Virgen santa de la Cueva!  
 SANT. Y usted también, don Mauricio. Lléguese acá.  
 MAUR. (*Huyendo hacia el hogar*). ¡Yo, no! ¡Yo, no!... Nada tengo que oír. Yo, á mi rincón, á mi rincón. (*Siéntase junto al hogar, tapándose el rostro y los oídos con las manos*).  
 CLEM. Y yo me niego á escuchar y á responder una sola palabra.  
 SANT. No puede usted negarse, porque va en ello la felicidad de su hija.  
 CLEM. ¿No he venido á dársela? ¿No le entrego mi fortuna, y la caso con usted, su enamorado?  
 SANT. Pues todo lo arroja ella por ese recuesto abajo y deja que lo lleve el río, si usted no honra y venera la memoria de su madre.  
 CLEM. Que desista de tal sacrificio; sería ocioso (*Va á marcharse*).  
 SANT. (*Deteniéndole*). Me pertenece ya el derecho de pugnar por la rehabilitación de aquella víctima, en cuya inocencia creo firmemente. Defiendo la fé de Angelita y la mía.  
 CLEM. Ambos son ustedes jóvenes; son generosos. Asimismo yo era crédulo al bien; era creyente.  
 SANT. Y luego fué usted un iluso. Me son conocidos, como lo son de toda la comarca, los sucesos que aquí ocurrieron hace siete años; y me pregunto cómo fué po-

sible que un turbión de apariencias engañosas y ambiguas ofuscase el entendimiento de usted, induciéndole á ser tan cruel y tan injusto,

CLEM. (*Resolviéndose, después de una breve lucha*). No soy yo hombre á quien jamás hayan gobernado la alucinación y la vehemencia. Y... sin embargo, vea usted; ya está dando al traste con toda mi calma, y aquí concluye la reserva que me había propuesto observar. Cruel é injusto no lo he sido. Va usted á ser muy pronto el jefe de este hogar por mí abandonado, y me importa muy altamente la cuestión que suscita, para que no me revele contra esos dictados. Los siete años que he pasado solo y errante los he vivido de la única satisfacción de haber hecho justicia.

SANT. Me place que así se declare usted.

CLEM. ¡Sí, me declaro! Ante mi hija sostúveme impenetrable porque el silencio con ella me pareció caridad y nobleza. Ahora que usted se le une, ya me estrecha y me agobia esa porfia, y se perturba mi ánimo, y siento que se me enciende en impacencias irresistibles.

SANT. Las mismas que sentimos nosotros.

CLEM. (*Volviéndose hacia el hogar*). Acérquese, don Mauricio.

MAUR. (*Desde su sitio*). ¡No tenéreis lástima de mí!

SANT. (*Llegándose al hogar*). Le llama don Clemente.

MAUR. (*Acercándose*). ¿Qué me quieres?

CLEM. A este hombre honrado expliqué yo las razones de mi conducta extrema. Ha-

ble él y diga por su fe si en mis actos ha habido injusticia.

MAUR. (*Lleno de tribulación y pena*). ¡Yo no sé, pobre de mí!... ¡Si yo no sé!... Me hablaste tú, y con tal demostración lo hiciste que se me partió el alma y me llené de vergüenza; ¡pero no te creí, no! Busqué medios de disuadirte y no pude hallarlos; yo no tenía otra prueba sino la voz de mi hija; aquella desgraciada, que hasta el instante de su agonía estuvo repitiéndome que era inocente; y me preguntaba sin cesar cómo pudo formarse á tus ojos una fábula que la acusara. ¿Qué fué, entonces, aquello?... ¡No lo sé yo!... ¡Si se hubiera dicho que lo que sucedió aquí fué un caso de encantamiento, una hechicería!... He llorado siete años, hundido en esta impotencia... Y lloraré hasta la última hora de mi vida. Dejarme llorar. ¿Qué quereis que haga!... La cabeza ya no me vale; soy un viejo bobo. Yo allí, allí á esconderme. No me traigas por testigo de nada. ¡Dejadme en paz! (*Vuélvese al hogar*).

CLEM. (*Dejando que se aparte Mauricio y acercándose á Santiago, después de una breve pausa*). Usted no ignora que cierta noche, hace siete años, sonó dentro de mi casa un tiro.

SANT. No lo ignoro.

CLEM. Aquel tiro yo lo disparé.

SANT. Enhorabuena. ¿Y supo usted si mataba á un ladrón?

CLEM. ¡Ay, plugiera á Dios! Si aquel hombre que allanaba mi techo honrado y dicho.

so, no hubiese sido más que un ladrón yo le habría ofrecido la llave de mis arcas y hubiérale dejado libre la puerta, encubriéndole para que saliera con mi oro robado, Le habría despedido besando su mano como la de un bienechor.

SANT. ¿Habló él con usted?

CLEM. Le hice fuego en cuanto le distinguí, pudo correr, y allá, sobre la broza del bosque, fué á dar con su vida agonizante. No hablé con él, ni hubiera podido, pues el miserable expiró á la mañana siguiente, sin haber recobrado el sentido, en el camastro del guardabosque que le recogió.

SANT. Siendo así, ¿en qué se fundó su seguridad de que no fuese un ladrón?

CLEM. No lo era, porque aquel hombre no entraba aquella noche por primera vez en mi casa. Otras veces había entrado, siempre valido de mis ausencias, y en las riquezas mías jamás puso mano. De otra parte, aquel hombre era un aventurero de mala especie; hijo del país, vuelto á él tras de mil locas vicisitudes buscador de dotes, que no atrapaba por razón de su infima estofa, aunque enloquecía á las muchachas; ratero de honras, y de esas algunas llegó á atropellar según se corría y él se jactaba. Ese era el hombre que escalaba de noche las bardas de mi quintería.

SANT. ¡Pues bien! Ni aun siendo así, discurrió usted con juicio prudente y recto. Tendré pecho para decírselo claramente, por más que me aventure al agravio.

CLEM. ¿Qué va usted á decir?

SANT. Oiga usted lo que digo. Que en el Ribazo se amparaban por entonces otro recato y otra honra, además de los de su esposa de usted. Aun dado, pues, que un amante fuera el hombre que aquí penetraba, bien podía ser, las que le atrajesen, otras liviandades y otras culpas.

CLEM. (*Sin alterarse*). Eso mismo que usted piensa ahora, pensé yo en aquella ocasión. Y pensábalo sin fundamento alguno, por pura sutileza de mi espíritu, que retrocedía ante el desengaño inminente. Sin razón, digo, en qué fundarme; pues mi hermana, públicamente preteridida por aquel rufián, en público delante del lugar entero, le había castigado con ignominiosos desprecios. Ella, por otra parte, era libre; yo no limitaba su voluntad; cualquiera que fuese el hombre que la agradase, podía ser suya lícitamente, sin secretos, sin vergüenzas y sin peligro. ¿No es verdad eso?

SANT. (*Empezando á persuadirse*). Sí, es verdad.

CLEM. Pues bien; aunque así me alcanzaba en mis horas de meditación, gozábame en acariciar la misma sospecha que usted ha revelado. ¡La propia felicidad es alevosa, y procura conservarse aun á costa del bien ajeno! Tuve, sin embargo, fortaleza para provocar el fin de aquellas perplejidades.

SANT. (*Ansioso y afectado*). ¿Qué hizo usted?

CLEM. Fuime derecho al hallazgo de la certeza. Saqué á mi hermana de esta casa, y

la dejé en ese pueblo vecino, Archilla, en la de unos parientes. Acompañándola, fueron las dos criadas; quedéme solo con mis yunteros. Rodeé la despedida de publicidad y alarde, con lo cual no hubo nadie en el término, desde el enemigo rondador hasta la última comadre, á quien se ocultase que en el cortijo no se hallaba más que una mujer, la mía. Ocho días después fingí una ausencia. El galán acudió. Acudió la primera noche. Mi ignominia estaba averiguada. ¡Oh! la pagó con la vida. ¡Le abrasé!

SANT. ¡Buena justicia!

CLEM. Ya voy pareciéndole á usted justo. Después de aquel lance callé. Don Mauricio fué el único á quien hice explicación de mi agravio. A la ingrata, desleal, no le impuse otro castigo sino el de mi apartamiento. Sin un adiós, sin anunciar siquiera el propósito, al día siguiente me marché de aquí. No tomé otra venganza; no hubo más expiación. Reconozca usted ahora que no fuí cruel ni injusto.

SANT. *(Bajando la frente)*. No lo fué usted.

CLEM. *(Tendiéndole la mano)*. ¿Lo siente usted así?

SANT. *(Estrechándosela)*. Así lo siento. *(En este momento aparece Angelita al otro lado de la ventana y contempla con asombro y dolor á Clemente y Santiago estrechándose la mano. Sigue luego atendiendo el diálogo)*.

CLEM. Que lo sepa Angelita.

SANT. Angelita no puede saberlo. Para ella la

virtud de su madre es dogma, y no se dejará persuadir ni por la misma evidencia.

CLEM. Sin embargo, ya es hora. . . . .

SANT. Hora es, don Clemente, de que acuda usted á salvar la dicha de esa noble criatura.

CLEM. ¡Yo! ¿Cómo he de hacerlo?

SANT. Decídase á una piadosa ficción. Diga usted á Angelita que cree en la inocencia de su madre.

CLEM. ¡Mentir! Eso jamás.

ANG. *(Desde la ventana)* ¡No, padre! ¡No, Santiago! . . . ¡Mentir, no! Eso, yo no lo quiero. . . ¡no lo quiero! Aguardad. *(Se quita de la ventana)*.

MAUR. *(Que se ha levantado)*, ¡Lo habrá oído todo!

SANT. ¿Qué vamos á decirle?

CLEM. La verdad. Desde este instante, la ficción es ya imposible. *(Angelita aparece en la puerta del fondo, con ademán severo. Santiago la recibe con la frente baja; Clemente, silencioso, más entero; Mauricio, atribulado llorando)*.

ANG. Mentir, no. ¿Os propondríais engañarla á ella, que lo ve todo desde la otra vida. *(Después de recorrer la escena con la mirada, dirígese á Santiago, la voz temblorosa y sorda, pero en tono resuelto)*. Bien ves que el sacrificio es necesario. Lo voy á aceptar.

SANT. Sí, acéptalo.

ANG. ¡Ha caído tu fe!

SANT. ¡La he defendido!

ANG. ¡Todos me abandonais! No importa; id,



- dejadme. Yo sola emprenderé el camino.
- SANT. Oyenos, Angelita. . . . .
- ANG. ¡Ni razones, ni consuelos! . . . Nada me sirve.
- CLEM. Fuerza te es considerar. . . . .
- ANG. Déjeme usted también, padre.
- CLEM. ¡Sí! Yo sí, te dejo. Aplacé mi partida, y he hecho muy mal. Harto me pesa. Salvad la felicidad que aquí todavía os quede. Yo os libro del espectáculo de mis rencores.
- ANG. Usted no puede marcharse.
- CLEM. Nada me detiene ya.
- ANG. ¡Padre mio!
- CLEM. No me vereis; olvidadme, aborredme: Adios. Ojalá no hubiera venido. (*Vase por la izquierda*).

ESCENA XVII.

DICHOS, MENOS CLEMENTE.

- SANT. Luchas contra la fatalidad.
- ANG. Déjame que luche.
- SANT. ¿He de dejarte sola?
- ANG. Mi abuelito me acompaña.
- MAUR. (*Corriendo á ella*). ¡Sí, yo contigo! . . .  
¡Déjame contigo! Tú das aliento y esperanza.
- ANG. Busque á Lorenzo; tráigalo aquí.
- MAUR. Voy á llamarle. (*Vase por el fondo*).
- ANG. (*A Santiago*). Y tú. . . . .
- SANT. ¿Qué quieres de mí?
- ANG. Me has prometido ayudarme. Todavía puedes hacerlo.
- SANT. ¿Qué dispones?

- ANG. Sigue á mi padre. Impide su partida, oponte á ella, y si no lo consigues, marcha con él, no pierdas su rastro; que por tí sepa yo donde he de hallarlo.
- SANT. Así lo cumpliré. (*Va á salir y se detiene al ver á Lorenzo*).

ESCENA XVIII.

SANTIAGO, ANGELITA; MAURICIO Y LORENZO.

- MAUR. (*Entrando*). Ya le traigo.
- SANT. (*A Angelita, mirando á Lorenzo que se ha quedado en el umbral*). Ahí está Lorenzo.
- ANG. (*Cogiendo la mano de Santiago*). Si este hombre cumple su oferta, yo no he de vacilar: le inmolare mi dicha.
- SANT. Como él haga tal milagro. . . . ¡vé! ¡y sacrifícale también la mía!
- ANG. Sigue á mi padre.
- SANT. No le abandono. (*Vase por la izquierda*).

ESCENA XIX.

ANGELITA, MAURICIO Y LORENZO.

- ANG. (*Volviéndose con resolución*). Lorenzo, (*Este avansa, y ella le dice, llevándole aparte de Mauricio*). Nuestro pacto está cerrado.
- LOR. Me tiene usted pronto.
- ANG. ¿Dónde se halla esa prueba. esa revelación?
- LOR. No está lejos.
- ANG. ¿Dónde?

- LOR. Allá abajo. En Brihuega; en el convento; la abadesa. . . . .
- ANG. *(Llevándole más allá; espantada)*. ¡Ella!
- LOR. Pues ella.
- ANG. *(Amedrentada)*. ¡Oh, misericordia! . . .  
¡Allí está el misterio, allí la culpa! . . .  
¡Tras de aquellas rejas! . . . *(Recobrándose)*. ¡Allá voy! . . . No retrocedo. . .  
¡No, madre mía! Iré valerosa, tengo corazón. *(A Lorenzo)*. Vas á conducirme en seguida; sin pensarlo un instante más. Dispón bagaje para el abuelo; déjalo en la senda cubierta. Iremos por el torrente. ¡Mucho sigilo! Que nadie observe nuestra salida. *(Lorenzo se va por el fondo, Angelita se vuelve á Mauricio)*. ¡Deprisa! . . . Vamos á marchar.
- MAUR. ¿Marchar á esta hora?
- ANG. Sí; usted me acompaña. ¡Deprisa! Tome un abrigo.
- MAUR. ¿Y tú?
- ANG. De mí no cuide. No tenemos tiempo. En marcha; al instante.
- MAUR. ¿A dónde, hija mía, á donde?
- ANG. ¡A mi conquista, abuelo! ¡A mi santa empresa. *[Dirigiéndose hacia la puerta*

TELON RAPIDO.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO

Locutorio de un convento. Estancia reducida, de paredes blanqueadas, con friso de madera. En la pared del fondo, á un metro próximamente del suelo y algo la-deada hacia la izquierda, la reja, cuadrilonga, más ancha que alta, de negros hierros que se cruzan formando estrechos cuadrillos, por entre los cuales se ve el interior del locutorio, suficientemente iluminado. Detrás de la reja, una cortina corrediza. Delante de la reja, una mesa y dos sillones de vaqueta. Detrás, y muy cerca también de ella, dos sillones como los de la parte de afuera. A la derecha del fondo, la puerta regular, espaciosa y cerrada por dos hojas macizas, claveteadas, con cerradura grande y fuerte. Estas hojas al abrirse hacia adentro, descubren un pasadizo largo débilmente iluminado, cuyo ángulo lejano tuerce á la derecha, figurando conducir al interior del convento. En primer término del lado derecho, la puerta de ingreso en el locutorio, la cual comunica con la portería y el vestíbulo. Al lado izquierdo, en segundo término, un tragaluz con reja y postigo. Del techo pende un farol, cuya candileja está encendida. Cuadros viejos de santos, en las paredes. Sillas de vaqueta convenientemente distribuidas. Debajo de la mesa un brasero de caja claveteada. A la izquierda de la reja el torno.

### ESCENA PRIMERA.

ANGELITA Y MAURICIO. Por la reja llegan los sonidos muy lejanos y confusos del rezo de las monjas. Después de breve pausa, salen por la izquierda Angelita y Mauricio, apoyándose éste en aquella.

ANG. Ya hemos llegado. ¿Lo ve usted? Ahora puede descansar. *(Le hace sentar en un sillón junto á la mesa)*.